

APOLOGÍA O DEFENSA  
ANTE EL JURADO

1. En cuanto a <sup>1</sup> Sócrates, vale, a mi entender, la pena recordar también qué actitud tomó, una vez que fue citado a juicio, así ante su defensa como ante su muerte. Es cierto que sobre esto han dejado escritos también otros, y todos han venido a dar en la

1. El opúsculo comienza por una partícula,  $\delta\epsilon$ , de enlace con algo anterior, lo que parece apoyar la suposición de que se trate de un fragmento de una composición más amplia; pero este modo de comenzar un escrito (que Jenofonte emplea también para el *Económico* y las *Helénicas*, y con  $\alpha\lambda\lambda\alpha$ , para el *Simposio*) no es más bien sino una costumbre de estilo, en cierto modo supersticiosa, para conjurar la pretenciosa solemnidad que todo comienzo implica (nótese, por contraste, animosamente aceptado el compromiso en los arranques de la épica: «Canta, diosa», «Comencemos a cantar»); solemnidad que se anula como impropia para escritos que se presentan como anotaciones informes y ocasionales, dándose así un tono más cotidiano y como indicando que se les considere insertos entre los documentos que en torno a la cuestión se acumulaban. Entre éstos puede que estuviera ya la *Apología* de Platón, pero ni es forzoso suponerla anterior al presente opúsculo ni, como se ha pretendido con frecuencia, éste la presupone por coincidencia o aparentes correcciones. Lo más razonable parece suponer, como hace F. Ollier en la introducción a su edición de *Les belles lettres*, París, 1961, páginas 90-91, que se escribió en los diez años siguientes a la muerte de Sócrates, antes, desde luego, de los *Recuerdos*, de cuyos primeros y último capítulo sería esta *Defensa* un esbozo, y antes incluso del panfleto de Polícrates, que, como hemos visto, sirvió de motivación para los *Recuerdos* (v. nota a *Recuerdos*, I.II.9), y al que, en cambio, aquí no se aludiría.

arrogancia de su lenguaje, por lo que es sin más evidente que Sócrates habló en realidad en esa guisa; pero una cosa no han dejado suficientemente clara, y es que ya en aquel momento consideraba que para sí la muerte era más deseable que la vida; de modo que, al no tenerlo en cuenta, se aparece como más insensata su arrogancia.

2. Mas ahí está Hermógenes<sup>2</sup>, el hijo de Hipónico, que era por cierto compañero suyo y de él ha revelado cosas tales que aparece su lenguaje altivo correspondiéndose con su manera de pensar. Pues cuenta aquél que, viéndole discurrir más bien de cualquier otro asunto que sobre su juicio, así le dijo:

3. «¿No sería con todo, Sócrates, conveniente examinar también lo que vas a decir en tu defensa?»; y que aquél al pronto había respondido: «¿Es que no crees tú que me he pasado la vida preparando mi defensa?»; y que, cuando él le preguntó «¿Cómo es eso?», «En cuanto que llego hasta el final sin haber hecho nada injusto o malo, que es precisamente lo que juzgo la mejor preparación de una defensa».

4. Y que, como quiera que él siguiera así insistiendo: «¿No ves cómo muchas veces los tribunales de los atenienses han llevado a quienes nada malo hacían a la muerte, seducidos por un discurso, y cómo en cambio en muchas ocasiones han absuelto a malhechores, ya fuera compadecidos de sus palabras o porque hablaron de un modo adulator?»; «Pero es que, a fe mía—decía que le contestó—, también es que, habiendo yo intentado por dos veces ya recapacitar acerca de mi defensa, una y otra vez se me opone el genio aquel divino<sup>3</sup>». 5. Y que como él le dijo: «Cosas extrañas dices», que él respondió, a su vez: «¿Te parece extraño que la divinidad tenga por mejor también que termine ya mi vida? ¿No sabes que hasta el presente a ningún hombre tengo yo que consentirle la pretensión de haber vivido mejor que yo?; pues—cosa que es más grata que ninguna—tenía conciencia de haber vivido mi vida entera santa y justamente, de modo que, teniéndome a mí mismo en alta estima, descubría que del mismo modo de mí opinaban los que entraban en relación conmigo. 6. Pero ahora, si todavía avanza más la edad, sé que será forzoso pagar los tributos de la vejez, ver peor, oír menos y ser más incapaz de aprender y de las cosas que he aprendido

más olvidadizo; pero si me doy cuenta de que vengo a ser peor y tengo que hacerme reproches a mí mismo, ¿cómo—contaba que le dijo—podría seguir viviendo ya con gusto? 7. Y aun tal vez—que le siguió diciendo—bien puede ser que la divinidad, en su benevolencia, me esté procurando el modo de no sólo en el momento más oportuno de mi edad morir, sino también de la manera más sencilla: pues si ahora, en el juicio, fuere condenado a muerte, es evidente que me será dado gozar del fin que está considerado como el más cómodo<sup>4</sup> por los que se han ocupado de tal tema, el menos engorroso para los amigos y aquel que engendra la añoranza más grande del que muere; pues cuando uno no deja en pos de sí nada vergonzoso ni molesto en los ánimos de los que le asisten y se extingue teniendo el cuerpo sano y el espíritu capaz de afición por el pensar, ¿cómo no va a ser, por fuerza, digno de añoranza? 8. Y con razón los dioses se me oponían entonces—contaba que le dijo—al estudio de mi discurso, cuando a nosotros nos parecía que había que buscar por todos los medios escapatorias; pues si eso hubiera llegado a hacer, es claro que lo que habría conseguido hubiera sido, en vez de llegar al fin ya de la vida, morir o bien afligido por enfermedades o de vejez, sitio donde confluyen todas las amarguras y tan privado de todos los placeres. 9. Por vida mía, Hermógenes—decía que exclamó—, que no seré yo el que suspire por alcanzar eso, sino que si resulto cargante a los jurados exponiéndoles todos los bienes que creo tener la suerte de haber recibido, tanto de los dioses como de los hombres, y la opinión que tengo acerca de mí mismo, elegiré mejor acabar mis días que servilmente, a costa de mendigar el seguir aún viviendo, sacar, en vez de la muerte, una vida mucho más miserable que ella. 10. Y de este parecer imbuido, cuenta que una vez que la parte contraria lo hubo acusado de que no creía en los dioses en que cree el estado, sino que traía otras divinidades nuevas, y de que corrompía a nuestros jóvenes, pareció ante el jurado y dijo<sup>5</sup>: 11. «Pues es el caso, ciudadanos, que una cosa me admira antes que nada de Meleto<sup>6</sup>, en

2. Sobre Hermógenes confróntese *Rec.*, I.II.84, II.X.3, IV.VIII.4 (donde se repiten, en parte, estas conversaciones con Sócrates); lo veremos asimismo bien caracterizado como personaje del *Convite*.

3. Sobre el genio divino véase nota a *Rec.*, I.I.2.

4. «El fin más cómodo» alude a la ejecución por envenenamiento con cicuta, de cuya clemente operación tenemos la descripción en el *Fedón* platónico, 117 y ss.

5. Sobre el texto de la acusación véase *Rec.*, I.I.1 (y nota), y *Apología* de Platón, 24 b.

6. Meleto (a quien también se menciona en *Recuerdos*, IV.IV.4

der, sin embargo, muchos deseen regalarme con alguna cosa?; y aquello de que a mí nadie tenga que reclamarme el pago de favor ninguno y, en cambio, muchos reconozcan que me deben agradecimiento? 18. ¿Y aquello de que durante el asedio<sup>11</sup> se compadecieron los otros a sí mismos, mientras que yo no pasaba más apuros que cuando la ciudad gozaba de la mayor prosperidad? ¿Y el que los demás se procuren sus disfrutes del mercado, y a mucho costo, y yo, en cambio, del espíritu, y sin gasto, me los amañe más dulces que los de ellos? Pues bien, si es cierto que de cuanto tengo dicho acerca de mí mismo no podría demostrarme nadie que digo falsedades, ¿cómo, en fin, no voy a ser con razón alabado así de los dioses como de los hombres? 19. Pero con todo dices tú, Meleto, que, al dedicarme a tales cosas corrompo a nuestros jóvenes. Pues a bien que si sabemos más o menos cuáles son los corrompimientos de los jóvenes; conquese tú di si sabes de alguno que por mí haya venido a convertirse de piadoso en impío, o de prudente en soberbio y desmedido, o de parco y arreglado en derrochador, o de moderado en el beber en borracho empedernido, o de empeñoso y trabajador que fuera en vago y flojo, o sometido a cualquier otro ruin placer y envilecedor.» 20. «Pues claro, por vida mía—respondió Meleto—, que bien sé de aquellos a quienes tú tienes persuadidos a hacerte más caso a ti que no a sus padres.» «Lo reconozco—contaba que dijo Sócrates—, si es en lo que atañe a la educación, pues es esto cosa a la que saben que yo me he dedicado por entero. Pero, en cambio, tocante a la salud, más hace caso la gente a los médicos que no a los padres; y lo que es en las asambleas, todos, más o menos, los atenienses más hacen caso a los que más lúcidamente hablan que no a sus parientes o allegados; pues, en fin, ¿no elegís también para generales, con preferencia sobre los padres y los hermanos y aun, a fe mía, sobre vosotros mismos, a aquellos que estimáis que son los más entendidos en los asuntos de la guerra?» «Claro, Sócrates—que respondió Meleto—, porque así conviene y así se tiene por costumbre.»<sup>12</sup> 21. «Pues entonces—que

11. Se trata del asedio de Atenas en 404, cuando la revuelta democrática frente a los oligarcas, apoyados por Esparta y su general Lisandro, sobre lo cual confróntese *Rec.*, II.VII.2 y II.VIII.1, con sus notas.

12. No debe extrañar este diálogo en pleno juicio, ya que en el procedimiento ateniense cada parte tenía derecho a interpelar y

le dijo Sócrates—, ¿no te parece hasta a ti mismo cosa extraña esto de que en tanto que en los demás asuntos no ya sólo se les tiene en plan de igualdad a los más hábiles y capaces, sino que se les honra preferentemente, yo, en cambio, en lo que es el bien más grande de los hombres, en la educación, porque algunos me estimen por muy competente en ello me vea por ti traído a juicio de pena capital?» 22. Es claro que se dijeron otras más cosas que éstas así por él como por los amigos que le asistieron en su defensa<sup>13</sup>. Pero yo no he puesto mi empeño en referir todo aquello a lo que el proceso dio lugar, sino que me ha bastado con mostrar que a Sócrates le importaba más que nada dejar claro que ni había sido con los dioses impío ni con los hombres injusto o malhechor. 23. Y en cuanto al no morir no pensaba que hubiera que agarrarse a ello, sino más bien creía que era ya para él ocasión de terminar su vida. Y que en ese parecer estaba vino a ponerse más de manifiesto cuando se decidió por votación su caso; pues, en primer término, al ser invitado a fijar la pena por su parte, ni quiso él fijarla ni les permitió hacerlo a los amigos, sino que aun decía que el fijar la pena era propio de quien reconociera su culpabilidad; en segundo lugar, al querer sus camaradas sacarlo de la prisión furtivamente, no se prestó a ello, sino que aun tuvo a bien burlarse de ellos preguntándoles si es que acaso conocían algún lugar fuera del Ática donde no hubiera que llegar al término de la muerte<sup>14</sup>. 24. Mas cuando tocaba a

hacer hablar así a testigos como el adversario, de lo que da también testimonio la *Apología* de Platón; no dejó Sócrates de aprovechar esta costumbre para convertir su discurso de defensa en otro más de sus diálogos acostumbrados.

13. «Los amigos que le asistieron en su defensa» no parece que implique que otros discursos de defensa se pronunciaron aparte del suyo, lo que parece ser que no fue el caso; puede ser que se refiera simplemente a amigos que depusieron testimonio en su favor.

14. Respecto a la fijación de pena parece que hay contradicción con la versión platónica; allí Sócrates propone primero, en broma, como pena que se le alimente a costa del Estado el resto de sus días; luego cede a fijar la multa de una mina (véase nota a *Rec.*, II. V.2), que es lo que él puede pagar; y, en tercer lugar, declara que los amigos le ofrecen responder de una multa sería y que, por tanto, hace lo que le dicen, que es multarse en treinta minas. Ya se ve, sin embargo, que esas maneras de fijar la pena carecían de tal modo de formalidad que, en efecto, significaban de hecho no usar de ese

más de que tenga yo recibidas honras y favores de los espíritus divinos. Que es que en cierta ocasión, habiendo Querefonte<sup>9</sup> consultado acerca de mí en Delfos, dio Apolo la respuesta de que ninguno de los hombres era ni más libre que yo, ni más justo, ni más prudente.» 15. Y que como, de nuevo, al oír esto los jurados más aún, como era previsible, armaban alboroto, que siguió de nuevo Sócrates diciendo: «Pues ¿qué, ciudadanos?: cosas mayores fueron las que dijo el dios en sus oráculos acerca de Licurgo<sup>10</sup>, el que dio leyes a los lacedemonios, que las que de mí dijo: pues se cuenta que, al entrar al templo, a él se dirigió diciéndole: "Dudando estoy si debo llamarte dios u hombre"; mientras que a mí no me comparó con un dios, sino sólo juzgó que estaba mucho por encima de los hombres. Mas vosotros, sin embargo, tampoco vayáis así, sin más, a prestarle al dios fe en eso, sino id examinando cada cosa de las que el dios dijo. 16. Pues lo primero, ¿de quién sabéis que esté menos que yo esclavizado a las pasiones de su cuerpo? Y ¿cuál de los hombres veis más libre que yo, que no recibo de nadie regalos ni soldada? Y más justo, ¿a quién podréis razonablemente considerar que al que está ajustado a lo presente y a lo que le es dado de tal modo que de nada de las cosas ajenas necesita? Y sabio, ¿cómo podrá nadie con razón negar que lo es un hombre que, desde el punto que empecé a comprender las palabras, nunca dejé un momento de investigar y de aprender todo lo bueno que podía? 17. Y de que no me esforzaba en vano, ¿no os parece que también es prueba esto de que muchos ciudadanos de los que aspiran a la virtud y muchos de los forasteros a mí entre todos me prefieran para estar conmigo? Y ¿cuál diremos que es la causa de aquello de que, sabiendo todos que menos yo que nadie tenía dinero para correspon-

9. Sobre Querefonte confróntese *Rec.*, II.III.1, y nota. La versión en la *Apología* platónica, 21 a, que parece, sin duda, más exacta, es que Querefonte pregunta si hay alguien más sabio (σοφώτερος) que Sócrates, y el dios contesta negativamente. Los intentos modernos de dar cuenta «racionalmente» de este oráculo, de cuya historicidad no cabe dudar por otra parte, y dado en un momento en que la fama de Sócrates ni mucho menos había rebasado los límites locales, son reconocidamente vanos.

10. Esta anécdota de Licurgo, el legendario fundador de las instituciones espartanas (si es que no fue realmente un dios antes de convertirse en el siglo VI en legislador), la cuenta ya Heródoto (I, 65), que es el primero para nosotros en mencionar su nombre.

qué fundamento se apoyará para afirmar que no creo en los dioses en los que cree el estado: pues que haciendo sacrificio en las fiestas comunes y en los altares públicos podían verme todos los que por allí cayeran, y aun el propio Meleto si quería<sup>7</sup>. 12. Y luego, lo que es divinidades nuevas, ¿cómo yo podría introducir las con aquello de decir que la voz de un dios me señalaba lo que se debe hacer? Pues también los que se valen de gritos de los pájaros y de palabras casuales de la gente en testimonio de voces se apoyan, al fin y al cabo; y los truenos, ¿discutirá nadie o que no son ruido o que no se trata de un modo muy principal de agüeros? Y la sacerdotisa que se sienta sobre el trípode en Pitó<sup>8</sup>, ¿no anuncia también por voz los avisos de la divinidad? 13. Bien, pues es lo cierto que así lo de que prevé la divinidad lo que ha de ser como que se lo anuncia a quien quiere de antemano es cosa que, igual que yo lo digo, todos lo afirman y lo creen; sólo que los otros dan nombre de pájaros y gritos humanos, de encuentros fortuitos y adivinos a lo que les avisa lo por venir, mientras que yo lo llamo genio y espíritu divino, y pienso que nombrándolo así hablo con más verdad y más piadosamente que los que a las aves el poder de los dioses atribuyen. En todo caso, de que engañarme no me engaño sobre la divinidad una prueba más tengo, y es que, en fin, habiéndoles anunciado a muchos de los amigos los avisos de la divinidad, jamás se ha visto que me haya equivocado.» 14. Y que, como los jurados, al escuchar tales propósitos, armaban alboroto, los unos desconfiaban de lo que se les contaba, los otros sintiendo inquina de que también de parte de los dioses alcanzara mayor favor que ellos, así contaba que volvió a hablar Sócrates: «Ea, pues, en fin, escuchad más cosas para que todavía aquellos de vosotros que lo deseen desconfíen

y 8) parece haber sido (cfr. Platón, *Eutifrón*, 2 b, y *Apología*, 23 e) un joven poeta trágico al que habría movido el industrial Anito a presentar bajo su nombre la acusación, si bien puede haber habido confusión y ser el acusador un hijo del poeta (v. art. «Meletos» en la *REPW*).

7. Con estos párrafos confróntese los 2-4 de *Rec.*, I.I, y las notas correspondientes.

8. Pitó es el otro nombre de Delfos, cuya profetisa parece que se sentaba en el soporte de tres pies para entrar en el trance y posesión por Apolo (sin que, al parecer, tengan fundamento las suposiciones de la respiración de vapores nefíticos del suelo como elemento cooperador al trance).



su fin el juicio, contaba aquél que dijo: «Pues bien, ciudadanos: aquellos que amaestaban a los testigos en el sentido de que perjurando había que prestar contra mí falso testimonio y los que a los tales les hacían caso fuerza es que tengan sobre sí conciencia de una gran impiedad y de gran delito; pero a mí, ¿a qué bueno me toca tener ahora la cabeza menos alta que antes de haber sido condenado, cuando para nada se me ha probado que tenga en mi haber cargo ninguno de aquellos de que me acusaban? Pues, lo que es yo, ni en lugar de Zeus y de Hera y de los dioses que les acompañan se ha descubierto que ni haga sacrificios a divinidades ningunas nuevas ni jure ni pronuncie el nombre de otros dioses. 25. Bien, y lo que es los jóvenes, ¿cómo puedo corromperlos yo acostumbrándoles a la fortaleza y la frugalidad? Pues, en verdad, de aquellas acciones a las que está impuesta la muerte como pena—despojo sagrado, robo con efracción, venta de hombre libre como esclavo, traición contra la patria—ni aun los mismos acusadores afirman que haya cometido yo ninguna de ellas. De manera que me pregunto con asombro en qué especie de indicio se os ha mostrado que fuera propia para mí la pena de la muerte. 26. Mas tampoco, desde luego, por el hecho de que muero injustamente tengo que tener por ello la cabeza menos alta, pues eso no para mí es, sino para aquellos que me han condenado, vergonzoso. Y aun todavía me sirve de consuelo Palamedes, aquel que en condiciones murió muy semejantes de las mías, que aun hoy todavía da ocasiones a cantos<sup>15</sup> mucho más hermosos que no Odiseo, que injustamente lo llevó a la muerte. Sé que también en mi favor dará testimonio así el tiempo venidero como el pasado de que jamás contra nadie cometí delito ni volví peor a nadie, sino que hacía bien a los que conmigo conversaban, enseñándoles de balde todo lo bueno que podía.» 27. Y habiendo pronunciado estas palabras, muy concordemente, en suma, con lo que dejaba dicho

procedimiento que el derecho ático preveía.—La propuesta de evasión, a lo que Sócrates se rehúsa, puede verse en el *Critón* platónico.

15. Sobre Palamedes (que también cita Sócrates, junto con Ayante, en la *Apología* de Platón, 41 b, como víctima de un rencor injusto) véase nota a *Rec.*, IV.II.33. La alusión, aunque sea con la palabra «cantos» (ᾠαί), no importa para la composición artística de un sofista, debe ser, sobre todo, al *Palamedes* que compuso Gorgias, a cuyo comienzo se encontraba igualmente una frase sobre el estar condenados a muerte desde el nacimiento, tal como se atribuye aquí a Sócrates en el 27.

se retiraba resplandeciente de sus ojos, y de su porte, y de su paso. Mas como sintiera, pues, llorando a los que le seguían: «¿Qué es eso?—contaba aquél que dijo—; ¿ahora se os ocurre poneros a llorar? ¿Que es que no sabéis ya de tiempo atrás que desde el punto que nací me estaba impuesta por la naturaleza la condena a muerte? Pero, en todo caso, si al morir me privo de algunos bienes que vengan a inundarme, claro está que habrá que lamentarse tanto yo como los que bien me quieren; mas si libero mi vida de amarguras que me aguardan, creo yo que tenéis que regocijaros todos como de negocio que tan bien me sale.» 28. Y estando allí presente un cierto Apolodoro<sup>16</sup>, apasionado de él con muchas veras y, por lo demás, un tanto simple, le dijo, pues: «Pero es que yo, Sócrates, lo que llevo más a disgusto es esto de ver que mueres injustamente»; conque se cuenta que él, acariciándole la cabeza, así le dijo: «Así que tú, mi querido Apolodoro, mejor querrías verme morir con justicia que injustamente», y que así diciendo se le sonreía. 29. Y se cuenta también que habiendo visto a Anito<sup>17</sup> por allí pasar, así dijo: «Bien, pues helo aquí este hombre, tan glorioso como quien ha cumplido alguna grande y noble hazaña con haberme condenado a muerte, y ello porque, viéndolo yo que era considerado en la ciudad por digno de los puestos más altos, dije que no había que educar al hijo entre los cueros. Cuán desgraciado ese hombre—siguió diciendo—, que no sabe, al parecer, que aquel de nosotros dos que deje cum-

16. Sobre Apolodoro confróntese *Rec.*, III.XI.17, con su nota.

17. Anito, el verdadero promotor del juicio contra Sócrates, aunque la acusación fuera firmada por Meleto, era un gran industrial (curtidor y peletero, de donde la alusión a los cueros que tanto le habría dolido, según Sócrates), un demócrata al viejo estilo, un poco de la cuerda de Aristófanes y opuesto por motivos semejantes a los de éste a la nueva educación corruptora de los sofistas (en este sentido le hace hablar Platón cuando en su *Menón*, 90 y ss., lo presenta como personaje, y esto fue, sin duda, lo que le movió a hacer una condena ejemplar en Sócrates), el cual, en efecto, ocupó puestos importantes, sobre todo el de estratega en 409, con una intervención no muy afortunada en la empresa de Pilos, y más tarde, enemigo de la oligarquía de los Treinta, estuvo entre los restauradores de la democracia con Trasíbulo, mostrándose político prudente y concienzudo. Su posterior destierro y muerte en él puede ser cosa de la leyenda que había de perseguirle y castigarle por la muerte de Sócrates.

plidas obras más útiles y más hermosas para todo el tiempo venidero ése es el vencedor. 30. Mas, sea como sea—contaba aquél que dijo—, les ha atribuido también Homero a algunos de los que se encuentran en punto de abandonar la vida la facultad de prever el porvenir<sup>18</sup>; conquie quiero yo también hacer un vaticinio. Que es que una vez estuve un breve rato con el hijo de Anito y me pareció que no era nada débil de espíritu; así que digo que éste no ha de quedarse en la vida y trato servil que le tiene su padre destinado; pero que, por no tener a nadie que se cuide de él celosamente, habrá de caer en alguna vergonzosa afición, y, como sea, habrá de avanzar bien lejos en el vicio.» 31. Y en esto que dijo no se equivocó, que aquel muchacho, tomado del gusto por el vino, ni de noche ni de día dejaba de beber, y llegó, finalmente, a no servir de nada ni para su patria, ni sus amigos, ni para sí mismo. En fin, que en cuanto a Anito, por la torcida educación del hijo y por su propia falta de buen juicio, aun después de muerto carga con el peso de su mala fama<sup>19</sup>. 32. Y en cuanto a Sócrates, con el odio que se ganó por aquello de ensalzarse a sí mismo en el tribunal, más obligó a votar por su condena a los jurados. Por mi parte, me parece, pues, que le ha tocado un sino bienquisto de los dioses, pues abandonó la parte más dura de la vida y encontró la más fácil de las muertes. 33. Y bien demostró la fortaleza de su espíritu, pues, una vez que hubo conocido que el estar muerto era mejor para él que el seguir viviendo, así como a los otros bienes nunca había sido esquivo, tampoco se ablandó frente a la muerte, sino que la acogió risueñamente y cumplió con ella. 34. Yo, en fin, conociendo bien de aquel hombre la sabiduría y la nobleza, ni puedo dejar de recordarlo ni, en recordándolo, puedo menos de alabarle. Mas si alguno de los que aspiran a la virtud trabó alguna vez trato con alguien más que Sócrates beneficioso, bien digno juzgo yo a tal hombre de ser tenido por feliz.

18. En *Iliada*, XVI, 851-54, Patrodo, al morir, le profetiza a Héctor su muerte cercana a manos de Aquiles; en XXII, 359-61, las últimas palabras de Héctor son para anunciarle a Aquiles la suya por obra de Paris y de Apolo.

19. Del hijo de Anito y su triste suerte no sabemos sino lo que en este contexto se nos cuenta.—En cuanto a la mala fama de Anito, al menos entre los aficionados de filosofía, fue bien persistente y casi como un odio tradicional, según nos lo dice el personaje Zeuxipo en el *Erótico*, de Plutarco, 762 d.